

Relato Corto

El relevo

Consuelo Giménez Pardo*

¹ Secretaria Académica de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud

* **Autora correspondencia:** consuelo.gimenez@uah.es

La vuelta del verano me traía la desazón que siempre me producía el inicio del nuevo curso, con el valor añadido del Grado y su otra forma de enseñar a aprender. Como todos los años, los estudiantes pululaban por los alrededores de los centros haciendo acopio del valor que les faltaba para entrar en las aulas y que, indefectiblemente, les llevaba hacia la cafetería.

Por las mismas fechas, como un mantra, solía recordar el inicio de mi carrera; los nervios del debut, el aspecto absurdo que debíamos dar Damián Zumaque y yo mismo ante los estudiantes, con nuestras batas abotonadas hasta la nuez, en los días en que seguíamos al catedrático, Don Jesús Luzaga, de aula en aula en la presentación de las diferentes materias.

Apenas becarios recién salidos también de las mismas aulas y ya, con ese gesto autoritario, creyéndonos parte del sistema. Desde entonces había pasado mucho tiempo. Don Jesús había fallecido dos años atrás y fui yo el que ocupó su lugar como director del departamento. Damián, que desde siempre había esperado una plaza de profesor que nunca llegó, se marchó tras el doctorado a dirigir el negocio de su padre. Nos veíamos de cuando en cuando, cada vez más tarde pues, sin el departamento de por medio, nada nos unía ya.

Así, lo lógico era que yo sucediese a Don Jesús y fue de esa manera absurda cómo, con el beneplácito del resto de los profesores, pasé los controles oportunos y finalmente ocupé la ansiada Cátedra. Durante meses todos palmearon mi hombro con afecto y alegría, por lo unidos que estábamos y lo mucho que debía haberme afectado su muerte. Ocupar esa plaza venía a ser como una compensación, pactada por todos, que yo, con la cabeza gacha y agradecido, aceptaba sin más concesiones.

Es otra vez la desazón la que me lleva a recordar cosas que ya había olvidado con la dinámica de los años de clases e investigación. Ahora recuerdo con claridad la sensación de placer primitivo que obtuve al pisar por vez primera un aula. Sustituía a Don Jesús, pero era Damián al que por orden le correspondía, ya por entonces su alumno aventajado. Quiso el destino que él estuviese enfermo y la diosa fortuna finalmente me rozó a mí. No se me olvida la mezcla de nerviosismo, sabiéndome observado por tantos estudiantes, el poder incontrolable que emanaba de mis palabras y ese algo intangible que me elevaba a la categoría de intocable.

Ya no quise desprenderme nunca más de esa sensación.

Durante los años terribles del doctorado observé a Damián trabajar con las bacterias sin descanso mientras hacía, con su sonrisa sincera, lazos duraderos con todos los compañeros del laboratorio. Era capaz de recordar aniversarios y cumpleaños; saludaba, quería y se sentía querido y yo, asustado y temeroso de su poder, le hacía partícipe de mis miedos: mi tesis que no avanzaba, mi negación para las mínimas artes sociales y, sobre todo, mi terror a que no me renovaran la beca y no

pudiese doctorarme, condición básica para comenzar mi carrera docente y poder abrazar la necesaria sensación omnipotente que comenzaba a necesitar como a una droga.

Recuerdo que meses antes de que Damián finalizara sus experimentos comenzaron a no salirle bien las cosas. Unas veces era por la temperatura de las enzimas, otra por el pH o la salinidad; a veces los aparatos parecían no estar calibrados. Nunca se supo qué había ocurrido, pero, durante ese tiempo, lo vi incansable probar una y otra vez sin éxito, casi con desesperación, todos los parámetros.

Finalmente la certeza, la seguridad de su trabajo comenzó a tambalearse; tantos desvelos y tantas noches en el laboratorio acabaron por minar tanto su moral como la incipiente relación que había comenzado con aquella chica de Suances y a la que yo solícito consolaba. Años más tarde me casé, sin gran afán, pero con gran boato, con ella.

Y Damián... leyó su tesis doctoral sin haber conseguido demostrar del todo las experiencias, planteando más hipótesis que resultados y conclusiones y, sobre todo, con la decepción marcada en el rostro de Don Jesús. Cuando por fin llegaron las plazas, Damián ya había decidido que aquella vida no era para él y que se marchaba a trabajar con su padre. Así fue como conseguí mi primer contrato de profesor y, sin embargo, he de reconocer que nunca me gustó ni la docencia ni la investigación; medré en los diferentes puestos académicos gracias a mi apariencia, verbo y saber estar. Todo aprendido, mimetizado de Damián. Como un fraude ocupé la plaza de un profesor sin serlo ni sentirlo, con la única motivación de obtener con prontitud la sensación de crearme un dios en el aula.

Con los años confieso que solo eso ya no me produce entusiasmo ni placer. Los estudiantes han variado sus intereses, tienen otras preocupaciones y he descubierto que ya no me tienen miedo; muy al contrario, son ellos los que me producen un terror absoluto a mí.

Don Jesús murió una noche y los bedeles lo encontraron a la mañana siguiente en su despacho con la mirada perdida en el infinito como tantas veces le vi en vida desde que Damián se marchó. Nunca había tenido tiempo para mí, siempre ocupado en mil reuniones. Todos sabíamos que la investigación era su única pasión, hablaba del departamento modélico que, de la nada, había construido en su mente con el esfuerzo de los demás. Siempre los primeros en publicaciones con resultados punteros en patentes y congresos científicos. Solo yo sabía que nada de eso era verdad que los resultados que yo le presentaba, y él aceptaba con resignación, no eran ciertos; que no eran más que datos inflados y convenientemente dispuestos para agrandar su más que enorme ego.

Aquella noche discutimos, lo recuerdo bien. Me pidió que dejara de hacer lo único que yo sabía, porque él tenía un nombre y una reputación que me prohibía, desde ese mismo momento, utilizar. Como si fuera fácil después de haber llegado hasta aquí. Fue una noche de tormenta y viento, llena de gritos y verdades que su corazón no resistió; cuando todo acabó, lo dejé sintiendo un absoluto desprecio por tantos años de debilidad. Me bastó con cerrar la puerta y marcharme a casa a planear cómo enfrentarme al día siguiente a los demás profesores; a ensayar el dolor y aceptar, humilde, sus condolencias. Supuse que lo demás vendría todo rodado, como así fue.

No sé por qué recuerdo ahora todo esto, será que comienzo a hacerme viejo. O será el despertar de esa conciencia de la que siempre he carecido. Será también que hoy han pasado por mi despacho dos estudiantes de último año de carrera que quieren hacer conmigo su tesis doctoral. Hay uno con la mirada turbia y la palabra escasa, al que cada vez que observo por los pasillos me recorre un escalofrío. Es como mirarme en el espejo del tiempo.

Pero así, entiendo que el destino me avisa de que ha llegado mi hora, pues parece que ya está listo mi relevo.

Cuentos al Canto del Gallo

Garaje Narrativa

978-84-942311-3-1